



Hagamos Silencio

Vivimos Inmersos en una cultura donde cada vez cobran mayor vigor aquellos adelantos en el orden de las comunicaciones, las que se van alineando y perfeccionando más, de la mano de la Informática. Las computadoras alcanzan una perfección cada vez más increíble. La comunicación hombre - máquina crea un “campo magnético” realmente atrayente y fascinante y sin embargo, aunque pudiese resultar contradictorio, no tenemos una cultura de la palabra, del diálogo, del encuentro que transforma desde dentro.

Con el decursar del tiempo, nos vamos adentrando en los mares de los adelantos en el ámbito científico – informático, el cual no es menos cierto, nos da un sello de garantía en cuanto a eficacia, exactitud, rapidez, - algo muy importante en estos tiempos que vivimos – y sin darnos cuenta vamos “matando” ese espacio para la palabra, el diálogo, el encuentro y con ello, nos vamos empobreciendo porque el ser humano es un ser –en– relación: consigo mismo, con los otros, con el mundo, con Dios –sea cual sea su vía de encuentro con la Divinidad– y dicho empobrecimiento terminará encerrándonos en otra realidad indispensable para que nuestro ser madure, se desarrolle, fructifique y esta realidad está contenida en la riqueza del silencio. Una vez alguien me hizo reflexionar acerca de la importancia del mismo, sin muchas palabras. Aprendí que es necesario muchas veces callar, pero desde un silencio auténtico, no callo porque sí o porque no tenga nada que decir, todo lo contrario, callo para estar atenta y a la escucha, porque desde un auténtico silencio se abren no solo los ojos, sino también el corazón, para mirar la vida –y aquellos que hayan leído el Pequeño Príncipe sabrán que: *“no se ve bien sino con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos”*- y mi reflexión así como el decursar del tiempo, los acontecimientos, la propia vida me ayudaron a aprender a gustar del silencio, ese que va más allá de la mera ausencia de ruidos y palabras. Ese que permite “ser” desde lo profundo que nos habita y estar “conscientes” ante el otro, ante uno mismo, ante Dios y tomar entre las manos el gozo de ser uno mismo; ese silencio que alimenta y da vida a la palabra siendo a su vez condición necesaria para que ésta nazca y no sea abortada, y pueda entonces, ser escuchada.

Desde aquel día empecé a gustar de él y no sólo a “hacer” silencio, sino a “ser” silencio –que es lo que nos permite ser escucha, ser encuentro- ; para sólo así, dejarle hablar al otro, a Dios, a nuestro propio yo y he tomado conciencia que sin renunciar a los adelantos en el ámbito de la comunicación y de todo ese maravilloso mundo de la Informática, se hace urgente una cultura de la palabra, la escucha, el diálogo; vale la pena apostar por ello, si no seremos como aquella gente a las que Jesús hizo alusión cuando dijo: “...porque ellos miran, pero no ven, escuchan, pero no oyen ni entienden..” (Mt. 13,13)

Por lo que, permítanme decirles que somos responsables de fomentar una cultura que traiga consigo todas esas realidades de diálogo, encuentro, escucha para que le de vida a la palabra, pero para ello es necesario que
...shshss.....

Hagamos silencio.

Lic. Yulitai Bascó.

Licenciada en Ciencias Teológicas.

Asesora Teológica del Grupo de Reflexión Bioética. Centro Juan Pablo II.